

La vida que no vale nada.

Banalización de la muerte y capitalismo terminal.

1. La vida como residuo del sistema.

Hay un hecho que debería resultar escandaloso y que, sin embargo, apenas nos conmueve: en las sociedades más ricas de la historia, la vida humana ha dejado de ser un valor absoluto. No hablamos de una pérdida de sensibilidad individual, sino de un proceso colectivo y estructural que se manifiesta en la forma en que tratamos la muerte, en la forma en que la mostramos y la ignoramos.

La tesis de este ensayo es incómoda: la banalización de la muerte no es un accidente moral, sino una consecuencia lógica de un sistema que ya no necesita a las personas. Si el trabajo humano ha perdido valor, si la democracia se ha convertido en una rémora para la toma de decisiones económicas, si millones de seres humanos son considerados prescindibles para el funcionamiento del capital, entonces no debería extrañarnos que la sociedad les otorgue cada vez menos valor, como tampoco debería sorprendernos que la cultura que se construye sobre ese sistema lo refleje.

El filósofo Jean Baudrillard lo anticipó con una claridad que hoy resulta profética: el capitalismo no solo explota la vida, también gestiona la muerte. La ha convertido en un asunto de consumo, en un problema técnico, en un tabú que se aparta de la vista. "La cultura moderna es profundamente una cultura de muerte", escribió, porque ha desimbolizado la muerte, la ha arrancado de su dimensión sagrada y la ha reducido a un hecho biológico que se oculta en hospitales y tanatorios.

2. La vida prescindible: necropolítica y vidas no lloradas.

El filósofo camerunés Achille Mbembe acuñó el concepto de "necropolítica" para describir el poder de decidir quién puede vivir y quién debe morir. En su análisis, hay poblaciones enteras que son designadas como

"desechables" o "matables sin sacrificio". No se trata de un poder que mata directamente, sino de un poder que abandona, que deja morir, que expone a ciertos cuerpos a la muerte lenta de la precariedad, la enfermedad o la violencia.

Judith Butler llevó esta idea al terreno del duelo. Su distinción entre "vidas lloradas" y "vidas no lloradas" es fundamental para entender la banalización de la muerte. Butler sostiene que hay vidas que, cuando desaparecen, no merecen duelo porque nunca fueron consideradas plenamente humanas. Son vidas que no cuentan, cuya pérdida no se registra, cuya muerte no conmueve. Los migrantes que mueren en el Mediterráneo, los ancianos que fallecen solos en sus casas durante una ola de calor o los trabajadores que se suicidan porque no pueden pagar sus deudas son ejemplos de vidas no lloradas.

Giorgio Agamben aportó otra pieza clave con su concepto de "homo sacer": aquella vida que puede ser matada sin que ello constituya un sacrificio, una vida desnuda, expuesta a la muerte sin protección jurídica ni reconocimiento político. El homo sacer no es un enemigo al que se declara la guerra, es una vida abandonada, excluida de la comunidad, cuya muerte no tiene consecuencias.

Estos tres conceptos (necropolítica, vidas no lloradas y homo sacer) describen la misma realidad desde ángulos distintos: en el capitalismo tardío hay vidas que no importan. Y si hay vidas que no importan, su muerte tampoco importa. La banalización de la muerte es el correlato necesario de la banalización de la vida.

3. La precariedad como antesala de la muerte.

El filósofo italiano Franco "Bifo" Berardi ha analizado con crudeza la relación entre precariedad y muerte. En su conferencia "Suicidio, precariedad y mutación digital", Berardi sostiene que la epidemia de suicidios que sufren las sociedades contemporáneas no puede entenderse sin analizarla conjuntamente con la epidemia de precariedad. La precariedad no es solo una condición laboral, es una condición existencial que destruye la capacidad de proyectar un futuro y construir una vida con sentido.

Cuando el trabajo es precario, la vivienda inalcanzable y el futuro incierto, la vida se convierte en una carga. Y cuando la vida se convierte en una carga, la muerte deja de ser una tragedia y se transforma en una solución. El suicidio, en este contexto, no es un acto de locura individual, es un síntoma de un sistema que ha dejado de ofrecer razones para vivir.

Mark Fisher, el autor de "Realismo capitalista", se suicidó en 2017 después de años de depresión. Su muerte fue, de alguna manera, la confirmación trágica de su propia tesis: el capitalismo no solo explota el trabajo, también coloniza la psique y lo hace hasta el punto de que la resistencia se vuelve imposible, hasta el punto de que la única salida parece ser la muerte.

4. El capitalismo y la pulsión de muerte.

Byung-Chul Han, en su libro "Capitalismo y pulsión de muerte", sostiene que el sistema económico ha canalizado la pulsión de muerte freudiana hacia el crecimiento. La explotación ya no proviene de un amo externo; el individuo se autoexplota, se violenta a sí mismo, se agota en la búsqueda infinita de rendimiento y acumulación. El capital muerto destruye el mundo viviente y la única forma de vivir realmente, dice Han, es recuperar la conciencia de la muerte.

Esta idea es fundamental para entender la banalización. El capitalismo no niega la muerte, la integra en su lógica y la convierte en un motor de producción: la ansiedad por la muerte impulsa el consumo, la obsesión por la salud alimenta la industria farmacéutica, el miedo al envejecimiento sostiene el negocio de la estética. La muerte está en todas partes, pero siempre domesticada, convertida en mercancía, al servicio del sistema.

Baudrillard lo expresó con una claridad implacable: "Gran parte del consumo es una cruzada contra la eventualidad de la muerte". Compramos para olvidar que vamos a morir y, mientras compramos, el sistema se reproduce.

5. La banalización mediática y cultural.

La banalización de la muerte también se manifiesta en cómo la mostramos. Los medios de comunicación nos inundan de imágenes de catástrofes, guerras y tragedias, pero lo hacen de forma fragmentada, sin contexto y sin causalidad. Susan Sontag ya advirtió que las fotografías de guerra, cuando se convierten en cliché, pierden su capacidad de conmover. Nos acostumbramos al horror y la muerte se convierte en un espectáculo más, en un contenido que consumimos y olvidamos.

En España, las muertes por ola de calor se suceden cada verano, pero apenas ocupan titulares. Las muertes en el Mediterráneo se cuentan por miles, pero se han convertido en una estadística más. Las muertes por precariedad (los suicidios, las muertes laborales o las muertes por falta de acceso a la sanidad) no son noticia porque no son espectaculares. La muerte banalizada no es la muerte violenta que aparece en los informativos, es la muerte lenta, silenciosa y cotidiana de quienes no tienen quien les llore.

6. La muerte como negocio.

Hay otra dimensión de la banalización que conviene no perder de vista: la muerte como negocio. El sector funerario mueve miles de millones de euros al año. Los seguros de decesos son un producto financiero más. Las residencias de mayores son un mercado en expansión. La muerte, como la vida, se ha convertido en una mercancía.

7. Recuperar la conciencia de la muerte.

La banalización de la muerte no es un destino inevitable, es el resultado de un sistema que ha decidido que la vida no vale nada, que las personas son prescindibles y que el capital es lo único que importa. Pero ese sistema no es eterno y la primera forma de resistencia es recuperar la conciencia de la muerte.

Byung-Chul Han lo dice con claridad: "La única forma de vivir realmente es recuperar la conciencia de la muerte". No se trata de vivir angustiados, sino de vivir con lucidez, de reconocer que la vida es finita y que, precisamente por ser finita, tiene valor. Se trata de negarnos a aceptar que la muerte de unos importe más que la de otros, de exigir que todas las vidas sean lloradas.